Otoño 2026 — Buenos Aires / Malta / Chicago / Mallorca / Dublín / Nusfjord

el viajero

GRATIS CON EL PAÍS
EL DOMINGO 18
DE OCTUBRE DE 2026



Barcelona poderosa

Especial sobre la capital catalana ● Una guía para disfrutar 72 horas en la ciudad
● Pistas culturales: museos, casas y colecciones que merecen una visita
● Restaurantes que reinterpretan el recetario tradicional o reivindican los bares de toda la vida

EL PAÍS

Nusfjord

La aldea en las islas Lofoten donde se detuvo el tiempo

Aferrado a la rocosa costa del norte de Noruega y a sus hipnóticos paisajes, este diminuto pueblo de pescadores cayó en el olvido hasta 2011, cuando una acomodada familia adquirió sus ruinas y lo reconvirtió en un lugar a medio camino entre un coqueto hotel *boutique* y un museo al aire libre



Amanece en Nusfjord, una diminuta aldea de pescadores levantada sobre palafitos, aferrada a la rocosa costa de las islas Lofoten, un archipiélago en el norte de Noruega. La luz aquí parece tener sus propias reglas y, en un instante, la aldea se tiñe de un naranja intenso que lo envuelve todo, como si amaneciera con más ganas que en otras partes del mundo. Desde agosto hasta abril, cuando las noches se alargan, otra luz aún más mágica, las auroras boreales, se asoma por sorpresa en noches despejadas, dibujando paisajes tan hipnóticos como etéreos.

Desde la antigüedad, Nusfjord fue siempre un pueblo de pescadores, pero su época dorada como enclave bacaladero le llegó en el siglo XIX, cuando la familia Dahl compró la aldea y se construyeron la mayoría de los *rorbuers*, casas de pescadores de madera donde se hacinaban durante la temporada de pesca. Durante el *lofotfiske* (la temporada del bacalao) vivían aquí más de 1.500 pescadores y el pequeño puerto rebosaba con 500 embarcaciones listas para enfrentarse a la mar. El paso del tiempo y los cambios en la industria pesquera sumieron a Nusfjord en un olvido que duró hasta 2011, cuando otra acomodada familia noruega, los Krefting, adquirió las ruinas del pueblo y lo restauró con el fin de preservarlo. Lo convirtió en el Nusfjord Village & Resort, una aldea a medio camino entre hotel *boutique* y museo vivo donde aún es posible visitar la antigua herrería, el ahumador original, la panadería, las naves donde se reparaban las barcas, la tienda de coloniales y el almacén, en el que aún se conservan arpones y artes de pesca de los antiguos barcos balleneros. Las viejas casas de madera pintadas de rojo de los pescadores son hoy, tras una cuidada restauración, lujosas cabañas repartidas por la aldea. En el centro se conserva la espectacular House

Esta aldea está habitada por siete mujeres que viven en sus casas todo el año



Hot tub al aire libre con vistas al mar en Nusfjord, pueblo en las islas Lofoten.

texto y fotos Rafael Estefanía



Redes y aparejos de pesca en la cabaña de los pescadores en Nusfjord, en las islas Lofoten (Noruega). En la página de la izquierda, vista del pueblo al amanecer.

of Dahl, la casa de campo de cuatro dormitorios que perteneció a la familia, restaurada como la original, con sus tonos rosados, papeles pintados, objetos originales de los Dahl y una romántica bañera antigua en el dormitorio principal.

La cabaña donde me alojo, The Upper Icehouse, es considerablemente más alta que el resto. La parte inferior de la casa se usaba para almacenar los enormes bloques de hielo cortados de los lagos cercanos, aislados con paja y serrín para conservar el pescado durante los meses de primavera y verano. Desde la ventana se observan el resto de las cabañas en torno a un pequeño puerto flanqueado por un gran montículo de roca sobre el que se levantan los secaderos de pescado, donde se siguen colgando los bacalaos abiertos en canal para que el viento frío y salino del archipiélago los deshidrate y convierta en *stockfish* (bacalao seco), que luego es exportado y conservado durante años de forma natural. A la izquierda del puerto se eleva la pared negra de piedra de una montaña modelada por los glaciares que parece emerger del mar. Cuando el tiempo cambia sin avisar y las nubes, la lluvia y la nieve envuelven el pueblo, el paisaje apocalíptico te invita a refugiarte en tu acogedora cabaña con un techo de cuatro metros de altura y vigas a la vista, y con una bañera redonda desde la que seguir observando el espectáculo. En días más benignos, el mar anima a explorar el archipiélago en una lancha rápida o a aventurarse en una expedición de pesca en el barco de Bjørn Ivar Arntsen, un pescador y capitán criado en estos mares. Con él, los huéspedes pueden capturar sus propios arenques y besugos que, de vuelta a tierra, podrán degustar en el restaurante del *resort*. El sol invita también a recorrer los límites del pueblo y a caminar hasta el faro entre bosques de abedules y montañas amenazantes.





Vistas del pueblo de Nusfjord desde el faro y, debajo, la habitación de la cabaña The Upper IceHouse.



MAPA COVA FDZ.

De regreso a la aldea, Landhandleriet Café es, posiblemente, el café más evocador de toda Noruega. El edificio, de madera de color mostaza, esconde la antigua tienda de coloniales, que se ha conservado prácticamente intacta desde 1930. Un enorme y luminoso espacio con un mostrador central y paredes repletas de estanterías de madera, donde reposan objetos del pasado y pequeños habitáculos decorados con muebles antiguos, ideales para sentarse en un día hostil con una buena sopa de pescado o con unos *wafles* al estilo Nusfjord, con queso noruego por encima.

El alma del pueblo

"Este lugar está lleno de recuerdos para mí", dice Inger Lise Mathisen, que lleva ocho décadas viviendo en la aldea. Ella trabajó en la tienda que había antes de convertirse en cafetería. "Aquí venían los pescadores a comprar guantes, utensilios de pesca y tabaco", recuerda. Mathisen es una de las siete habitantes que aún quedan en Nusfjord. Más allá del personal del *resort*, la aldea está habitada



El edificio de madera amarilla que alberga el restaurante Karoline y uno de sus desayunos. Debajo, el Landhandleriet Café.



por siete mujeres que viven en sus casas todo el año. "Somos las mujeres de Nusfjord", cuentan reunidas en la cafetería que, en una sola mesa, contiene el censo y la esencia de la aldea. En un enclave donde la mayoría de los hombres se hacían a la mar, en muchos casos para no regresar, las mujeres han sido y siguen siendo el alma del pueblo.

El aire frío de la tarde es una invitación para refugiarse en el calor de la sauna y sumergirse después en el *hot tub* de madera a cielo abierto, con espectaculares vistas al mar y a las montañas. La vertiente cultural tiene también su propio espacio aquí, con un almacén reconvertido en galería donde se muestran colecciones de fotografía prestadas por el prestigioso museo Fotografiska de Estocolmo.



A la hora de la cena, Karoline se transforma en un acogedor restaurante a la luz de las velas donde hincar el diente a elaborados platos, como el tartar de reno con espuma de ruibarbo y yema de huevo curada o el fresquísimo abadejo a la brasa con kale, bayas y mantequilla tostada. Al lado de este restaurante, en lo que era la antigua bodega de whisky, el olor a masa recién hecha inunda Oriana Tavern con sus pizzas artesanales, otra opción de cena más modesta pero igual de deliciosa.

Por las mañanas, grupos de turistas se acercan hasta la aldea de Nusfjord para visitarla en su condición de museo al aire libre. Es un buen momento para hacer turismo por los alrededores en *transfers* privados organizados por el hotel, atravesando carreteras entre montañas y lagos helados, playas de sorprendente arena blanca y aguas turquesa, y pueblos mágicos, como Reine (la postal clásica de las Lofoten con sus casas rojas sobre el agua), el antiguo pueblo ballenero de Hamnøy o la coqueta localidad de Å, que es el pueblo con el nombre más corto del mundo.

Cae la noche y me refugio en mi cabaña. Con la aplicación que anuncia la posibilidad de auroras boreales en una mano y la mirada atenta hacia la ventana, intento descubrir algún claro entre las nubes con la promesa de observar uno de los espectáculos más sobrecogedores de la naturaleza. Si no ocurre hoy, quizás haya suerte mañana, pienso mientras me acurruco bajo un enorme edredón de plumón de ganso y me quedo dormido en esta cabaña cargada de historia.

kvd creative